



## CARTA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

---

**En el segundo Domingo de Cuaresma:  
la Transfiguración del Señor**

Queridos diocesanos:

En este segundo Domingo de Cuaresma la Iglesia, a través de la Palabra, nos invita a meditar en torno al misterio de la Transfiguración del Señor.

La Transfiguración del Señor es una invitación al hombre a elevar la mirada al cielo para que sepa vivir con esperanza lo que le toca vivir aquí en el suelo.

El hombre actual mira mucho al suelo y poco al cielo. Y cuando uno mira mucho al suelo -es decir, de tejas para abajo- y poco al cielo los problemas se acumulan, atosigan y agobian. Pesan en exceso las cosas y la vida cuando no se tiene una mirada más amplia y más allá de nuestro mundo reducido. El barro del mundo se nos queda demasiado pegado a nuestros pies y nos impide caminar.

Por eso en este Domingo recibimos una llamada a elevar la mirada, a mirar menos al suelo y más al cielo para no desanimarnos ni perder la esperanza. *“Eleva tu vista de la tierra al cielo y descubrirás con gozo la existencia de las estrellas”*, dice un proverbio chino.

Es necesario saber elevar muy a menudo nuestra mirada al cielo para descubrir que tenemos un Dios Padre que cuida de nosotros y da sentido a todo lo que gozamos o sufrimos. Esto es lo que hizo Abrahán: él vivía en su casa tranquilamente, con una buena hacienda en la que no le faltaba de nada. Si hubiera mirado solo “de tejas para abajo” nunca hubiera salido de su tierra ni de su hacienda, ni hubiera logrado ser el padre del gran pueblo. Él, un día, recibió la llamada de Dios a mirar más allá de sí mismo, a salir de su tierra y de su casa e ir a otra tierra para ser padre de un gran pueblo, Israel.

Es esa mirada a Dios, esa esperanza de formar un gran pueblo, lo que hace a Abrahán salir de su tierra, sacrificar su “yo”, renunciar a sí mismo.

Esto es lo que vemos que hace Jesús con Pedro, Santiago y Juan. Él les ha dicho lo que le espera y lo que les espera a ellos: *“El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores y lo condenarán y morirá”*. Aquello les ha dejado tristes, cabizbajos, encerrados en sí mismos. Les resulta demasiado fuerte mirado solo “de tejas para abajo”. Incluso se les ha pasado por la cabeza abandonar. Están necesitando que alguien les ayude a levantar la mirada y descubrir que no todo va a acabar allí, en la muerte de cruz; que todo lo que va a suceder encaja dentro de los proyectos de Dios y que por eso deben asumirlo y vivirlo con esperanza.

Es Jesús quien les ayuda a levantar la cabeza del suelo, a mirar más allá de la inmediatez que les agobia, y les hace mirar al cielo. Y es en esa mirada al cielo donde contemplan la gloria de Dios, la gloria que les espera. Van a descubrir lo poco que supone el sufrimiento por el que pasan o van a pasar en comparación con la gloria que les espera. Así renacerá en ellos la esperanza de poseer un día la gloria que les ha mostrado.

Nuestro mundo es un mundo que camina con la cabeza baja y la mirada corta; que mira mucho al suelo y nada o casi nada al cielo y, por eso, pierde el sentido de la vida, el sentido del sufrimiento, el sentido del esfuerzo que supone una vida vivida desde Dios.

Vivimos, lo sabemos, en un ambiente social tremendamente materialista que sólo valora “lo contante y lo sonante”; que huye de pensar en la *otra* Vida; que ha puesto su mirada sólo en el aquí y el ahora, valorando ante todo y sobre todo lo material y lo caduco.

De ahí que todos necesitemos mirar más al cielo para no perder el norte. Para descubrir que nuestro destino no está aquí, pues somos peregrinos hacia la morada eterna, caminantes que pasan una mala noche en una mala posada. Para vivir en esperanza lo que nos acontece en la vida. Para saber encajar los sufrimientos. Para vivir el sufrimiento y el sacrificio que supone el seguir a Jesús sabiendo la promesa de Cristo si permanecemos fieles.

Queridos diocesanos: miremos al cielo. Dejemos que Cristo nos muestre su gloria, que es la misma a la que estamos destinados si somos fieles, y vivamos nuestra vida comprometiéndonos en construir un mundo mejor, más humano, más en paz, más de acuerdo con el plan de Dios.

La gloria que nos espera, ésa que el Señor les muestra a los tres apóstoles en el Tabor, es el gran tesoro escondido que encontró aquel mercader de perlas finas del Evangelio por las que no le importó vender todo con tal de obtenerlas para sí.

Si nosotros miramos al cielo descubriremos esa piedra preciosa: el mismo Cristo glorificado que nos promete su misma gloria si somos capaces de ser fieles a lo que nos pide.

Con mi afecto y bendición,

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa  
Obispo de Osma-Soria